

La segunda candidatura



LORENZO MEYER

Salinas, el PRI y Zedillo, ¿están con la capacidad y la disposición de seguir adelante con el proceso de modernización de la vida política de México?

EL ASESINATO EL 23 DE MARZO DE LUIS DONALDO COLOSIO, candidato del Partido Oficial —Partido Revolucionario Institucional (PRI)— a la presidencia de México, obligó al líder real de ese partido, al presidente del país, Carlos Salinas de Gortari, a llevar a cabo un segundo proceso de selección del hombre que se supone habrá de sucederle. Hoy, la fórmula priísta está encabezada por Ernesto Zedillo.

En esta segunda selección del candidato del partido del Estado, la Presidencia ya no contó con el mismo capital político que tuvo en la primera. La candidatura de Colosio en noviembre pasado fue obra de un presidente que acaba de concluir con éxito la difícil negociación del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá (TLC) que no tenía obstáculo al frente. En contraste, la nueva candidatura la tiene que sostener una Presidencia desgastada por el asesinato mismo del primer candidato, pero también por el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas el mes de enero pasado, por el secuestro posterior de un banquero (Alfredo Harp Helú), y por las divisiones que des-

de entonces se han manifestado dentro del círculo gobernante. ¿Están la presidencia, el PRI y sus aliados y el nuevo candidato en la capacidad y con la disposición de seguir adelante con el accidentado proceso de modernización de la vida política mexicana?

El nombramiento de un sucesor al final de quinto año de Gobierno es el acto supremo del poder presidencial en México. Desde que en 1940 Lázaro Cárdenas dejó en el mando a Manuel Avila Camacho, ningún presidente ha fallado en heredar el poder a uno de los suyos. El proceso nunca fue fácil, pero por 54 años nadie se vio en la penosa necesidad de repetirlo.

No hay precedente a la situación a la que hoy se enfrenta Carlos Salinas, salvo la de 1928-1930. En 1928, tras el asesinato del presidente electo, el general Alvaro Obregón, el presidente saliente, Plutarco Elías Calles, logró el consenso de los generales para proponer a Emilio Portes Gil como ejecutivo provisional. Sin embargo, en 1929 para sacar adelante la candidatura de Pascual Ortiz Rubio como presidente constitucional, el esfuerzo fue mayor. Calles debió inventar entonces el partido del Estado, es decir, al Partido Nacional Revolucionario (PNR), origen del PRI actual. El surgimiento del PNR significó una creación ante de poder dentro del sistema: únicamente así Calles pudo imponer a Ortiz Rubio sobre el heredero natural de Obregón —el general Aarón Sáenz— contra la oposición electoral de José Vasconcelos y contra la armada de José Gonzalo Escobar.

Salinas de Gortari invirtió gran parte de su capital político en sacar y consolidar la candidatura de Luis Donaldo Colosio. Hoy deberá hacer lo mismo con Zedillo. Pero, ¿de dónde saldrá ese capital? Si hace 65 años fue necesario dar forma a un partido de Estado, hoy la solución podría ser la contraria: transformar al PRI en un partido separado del Estado que permita la transición mexicana hacia la democracia y la estabilidad legítima. Por ahora, esta es una posibilidad que los duros dentro del PRI pueden echar abajo; los, que estamos fuera debemos luchar por hacerla realidad.



Colosio fue nombrado en un pasado triunfal.